

había huido, dejando su esposa y dos hijas expuestas á los peligros del saqueo. La señora le hizo colocar en un bonito cuarto, y arrodillándose ante él, le dijo: « Noble seigneur, je vous présente ceste maison, et tout ce qui est dedans, car je sais bien qu'elle est votre par le devoir de la guerre, mais que votre plaisir soit me sauver l'honneur et la vie, et de deux jeunes filles que moy et mon mari avons, et qui sont prestes á marier. » Le bon chevalier, qui onques ne pensa méchanceté, lui répondit: « — Madame, je ne scay si je pourray eschapper de la plaie que j'ay; mais tant que je vivray, á vous ni á vos filles ne sera fait desplaisir, et vous assure au surplus, que vous avez ceans un gentilhomme qui ne vous pillera point, mais vous feray toute la courtoisie que je pourray. » Quand la bonne dame l'eut si vertueusement parler, fut toute asseurée.... Environ un mois ou cinq semaines feut le bon chevalier sans sortir de son list, dont bien luy ennuyoit, car chacun jour avoit des nouvelles du camp des François, et l'on esperoit de jour en jour la bataille, qui á son grant regret auroit esté donnée sans luy. »

Una vez curado, se dispuso á partir; entónces la señora de la casa, de quien podía recaudar doce mil escudos sin empobrecerla, le presentó una cajita llena de ducados. « Le gentil seigneur qui jamais en sa vie n'avoit fait cas d'argent, se prist á dire et dist: — « Madame, combien de ducats y a-t-il dans ceste boîte? » La pauvre dame eut paour qu'il feust courroucé d'en veoir si peu, luy dist: — « Monseigneur, il n'y a que deux mille cinq cents ducats, mais si vous n'estes content, en trouverons d'autres. » Alors il dist: — « Ma foy, madame, de vos ducats je n'en veuil point, et vous remercie; reprenez-les. Toute ma vie ay plus aymé beaucoup les gens que les escus, et ne pensez aucunement que ne m'envoise aussi content de vous, que si cette ville estoiten votre disposition, et que vous me l'eussiez donnée. »

Como la señora insistiese, el caballero añadió: — « Bien donques, madame, je les prends pour l'amour de vous; mais allez moi quérir vos deux filles, car je leur veuil dire adieu. » La pauvre femme qui cuydoit estre en paradis de quoy son présent avoit été enfin accepté, alla quérir ses filles, lesquelles estoient fort belles, bonnes et bien enseignées, et avaient beaucoup donné de passatempo au bon chevalier durant sa maladie, parce qu'elles scavoient fort bien chanter, jouer du luz et de l'espinette, et fort bien besogner á l'aiguille. Elles arrivées se vont jecter á genoux, mais incontinent furent relevées. Puis la plus aignée des deux comença á dire: — « Monseigneur, les deux pauvres pucelles á qui vous avey fait tant d'honneur que de les garder de toute injure, viennent prendre congé de vous, en remerciant tres-humblement votre seigneurie de la grace qu'elles ont regue, dont á jamais elles prieront Dieu pour vous. »

« Le bon chevalier, quasi larmoyant en voyant tant de douceur et d'humilité dans ces deux belles filles, respondit: — « Mesdemoiselles, vous faictes ce qui je devrois faire, c'est de vous remercier de la bonne compagnie que vous m'avez faicte, dont je m'en sens fort tenu et obligé. Vous scavez que gens de guerre ne sont pas voulontiers chargés de belles besognes pour présenter aux dames. De ma part me deplais fort que n'en suis bien garny pour vous en faire présent comme je suis tenu. Vecy votre dame de mère qui m'a donné deux mille cinq cent ducats que vous voyez sur ceste table; je vous en donne á chacune mille pour vous aider á marier, et pour ma recompense vous priez, s'il vous plaist, Dieu pour moi; aulstre chose ne vous demande. »

« Si leur mist les ducats en leur tablier, vouloissent ou non. Puis s'adressa á son hôte, á laquelle il dict: — « Madame, je prendrai ces cinq cents ducats á mon prouffit pour les dispartir aux pauvres religions de dames qui ont esté pillées, et vous en donne la charge; car entendrez mieulx où est la nécessité que tout aulstre, et sur cela je prends congé de vous. » Si leur toucha toutes dans la main, á la mode d'Italie, lesquelles se mirent á genoux plorant si très-fort, qu'il sembloit qu'on les vouldist mener á la mort. Si dict la dame: — « Fleur de chevaleire, á qui ne se peut comparer, le benoist sauveur et redempteur Jésus-Christ, qui souffrit mort et passion pour tous les pécheurs, le vous les veuille remunerer en ce monde cy et en l'autre (1). »

Bayardo habia temido siempre que la batalla se diese sin él; sin embargo, llegó á tiempo á la de Rávena (1512, 11 de abril). Mientras se preparaba, Bayardo con Gaston de Foix y con otros señores se paseaban á orillas del canal, observando desde allí los movimientos del campo español. Viendo salir veinte ó treinta jinetes españoles, y entre ellos al general de caballería, Bayardo se adelantó, los saludó y les dijo: « Señores, os paseáis como nosotros esperando á que principie la accion. Haced que vuestros arcabuceros no disparen contra nosotros, y os prometemos lo mismo por nuestra parte. » Así se convino, y sabedor el Español de que estaba hablando con Bayardo, le mostró grande aprecio, diciéndole que hubiera preferido ver el ejército enemigo reforzado por dos mil hombres que por un brazo como el suyo.

Los Franceses vencieron; pero perdieron á Gaston de Foix, y al noticiarlo Bayardo á su tío, el obispo de Grenoble, le escribía: « Si el rey ganó esta batalla, los pobres nobles pueden decir que la han perdido. » Y el mismo rey decia: « Deseo victorias como esta á mis enemigos. »

Los caballeros aborrecian y despreciaban las bocas de fuego, juzgándolas armas propias de

(1) Le loyal serviteur.

cobardes y muerte del verdadero valor. Así era el dictámen de Bayardo, y se fundaba en el estrago que hacian, segando la flor de los héroes, sin saberse de dónde procedia el mortal golpe. Un tiro de falconete le alcanzó al pié de los muros de Pavía, teniendo que ir á curarse á casa de su tío en Grenoble. El mal se agravó de modo que llegó á desesperarse de su vida. Nobles, plebeyos, comerciantes, frailes, monjes llenaban dia y noche las iglesias, rogando á Dios por él; salvóse, y ántes del fin del año pudo dar fiestas á las damas de Grenoble y recibirlas, como asimismo tomar parte en la guerra de Navarra, cuyo desgraciado éxito no fué bastante su valor á impedir.

Entónces (1513) partió, á las órdenes del señor de la Piemme, en auxilio de Teronanne, ciudad sitiada por Enrique VIII y por el emperador Maximiliano, que se habia puesto á sueldo de aquel. Bayardo consiguió abastecer la plaza, reducida al último apuro; pero á su vuelta los Franceses, sorprendidos por los Imperiales y los Ingleses, se desbandaron, y se llamó á aquella la *Jornada de las espuelas* (17 de agosto), porque los gendarmes franceses se sirvieron de estas mas que de las espadas. Solo Bayardo, con un puñado de hombres de armas, se defendió largo tiempo, hasta que, convencido de ser inútil la resistencia, persuadió á los suyos á rendirse.

Mientras que estos entregaban las armas á los nobles enemigos, divisó á un lado un guerrero imperial que se habia quitado las armas, y atacándole de repente, le gritó: « Ríndete, ó eres muerto. » El guerrero, cogido de improviso, no opuso resistencia; y entónces el buen caballero le dijo: « Soy Bayardo, y tambien merino do á vos; tomad mi espada. » Á los pocos dias declaró que, siendo prisionero voluntario, quería marcharse. « Está bien (dijo el hombre de armas) pero ¿y el rescate? — ¿Qué rescate? (respondió Bayardo). Antes me debéis vos el vuestro, pues fuisteis mi prisionero. » Esta singular cuestion fué sometida al emperador y al rey de Inglaterra, quienes decidieron que ambos prisioneros estaban recíprocamente absueltos de su deber. El rey de Inglaterra propuso á Bayardo que entrase á su servicio; pero él respondió que no tenia mas que un Señor en el cielo, Dios, y otro en la tierra, el rey de Francia.

Entretanto Francisco I sucedió á Luis XII (1515), rápido tránsito del *buen rey*, á este jóven brillante é impetuoso, el cual imprudentemente se obstinó tambien en la costosa esperanza de poseer á Italia, sin haber aprendido nada con los desastres de su predecesor. Habia nombrado á Bayardo teniente general del Delfinado, y á los pocos meses le envió á Italia por el marquesado de Saluzzo, al frente de su compañía y de tres mil infantes, á fin de que preparase el camino al rey, que le siguió pronto con el ejército. En la gigantesca batalla de Marignano, donde perecieron quince mil Suizos y

seis mil Franceses, Bayardo se mantuvo en lo mas fuerte de la pelea junto al rey, el cual despues de la victoria quiso ser armado caballero por su mano. Bayardo se resistió un poco; mas luego dijo: « Preciso es que obedezca, » señor; valga, pues, como si fuese Roldan ú Olivéros, Godofredo ó Balduino, su hermano; » y en verdad que ningun príncipe mas insigne que vos ha sido armado caballero. Libreos » Dios de huir jamas de una batalla. » Y sacando la espada, le dió los tres espaldarazos, pronunciando la fórmula ritual; luego exclamó: « ¡Feliz espada mia, que has conferido la orden de caballería á tan bueno y poderoso rey! » Serás custodiada como una reliquia, y jamas » te esgrimiré sino contra Turcos, Sarracenos ó » Moros: » y en seguida la envainó.

Rota la guerra entre Francisco I y Carlos V, las tropas imperiales avanzaban por el Norte de Francia, desprovista de fortalezas. Bayardo propuso defender á Mezières, y como se le dijese que las fortificaciones eran débiles, contestó: « No hay plaza débil, si la defienden hombres de corazon. » Nombrado su comandante, rechazó los ataques del duque de Nassan y del capitán Sickingerd, que tenían cuarenta mil hombres y cien cañones. Cuando le intimaron rendirse, respondió que no saldria de Mezières sino por un puente de cuerpos enemigos. Encontrándose en grande apuro, acudió á una estratagema, y escribió al señor Roberto de la Mark, que estaba en Sedan, anunciándole que los dos ejércitos le habian puesto sitio, uno aguende y el otro allende el Mosa; pero que estaba para llegar un numeroso cuerpo de Suizos, que se arrojaría sobre Nassan, mientras él verificase la salida; añadiendo que, si continuaba en su idea de atraerle al servicio del rey, se diese prisa á librarle de una muerte segura.

Hizo caer de intento al mensajero en manos de Sickingerd, el cual, recelando una mala pasada por parte de Nassan, con quien se habia trabado de palabras, y figurándose que le habrian colocado á la otra orilla del Mosa para sacrificarle, mandó tocar á retirada, y pasó el río, librando así á Bayardo del daño que le causaban sus baterías. Fué tal la disension que se suscitó entre los dos jefes, que en breve hubieron de abandonar á Mezières. Francia se entusiasmó con esta hermosa defensa, y en todas las parroquias, el sacerdote al celebrar la misa, decia al pueblo: « Rogad por el rey y por Bayardo que salvó la Francia. » El rey le dió el collar de San Miguel y el mando de una compañía de cien hombres de armas.

En la peste de Grenoble (1522) Bayardo mostró que no le faltaba tampoco el valor cívico, mas difícil que el guerrero; y su generosidad en exponerse contribuyó no poco á disipar aquel azote del Delfinado.

En todo este relato se habrá visto que, aunque la fama y el valor de Bayardo fuesen grandes, no habia mandado nunca en jefe un ejér-

cito ó una expedición. Sus biógrafos dicen que amaba más el honor que el mando; que siempre modesto, se sonrojaba al oírse elogiar, desconfiaba de sus talentos, y propendía á permanecer aparte; y las córtés, añaden, olvidan fácilmente á los que se olvidan de sí mismos. Pero quizá no unía al valor personal esa extensión de miras que se requiere para mandar un ejército. Los nuevos métodos de hacer la guerra eran causa de que no bastase el valor personal, y de que el oficio de capitán fuese distinto del de guerrero. Gastón de Foix, Bayardo, Lautrec, Francisco I, que se lanzaban á la pelea, perdían comparados con Carlos V y sus generales, que se contentaban con disponer sus victorias. Bayardo estaba siempre donde era más reñido el combate, y mató más Venecianos y Albaneses é hizo más prisioneros que hombres tenía á su servicio. Pero no merece alabanza solo por ese desprecio de la muerte que puede asociarse con todos los vicios y hasta con la cobardía, sino que tenía también prudencia y aun sutileza; conocía las estratagemas; calculaba los partidos; era, en suma, libro de batalla, como le llamaban los generales. Sabía disponer los soldados de manera que se doblasen sus fuerzas y su aspecto; era muy entendido en todo lo relativo á sitios y ataques; pero se distinguía sobre todo en las escaramuzas, en los ataques repentinos, en las retiradas difíciles. Podrémós, pues, compararle á Dessaix, Ney, Murat, á los más valientes soldados de Napoleón, pero que no valían sino á las órdenes de este.

Las victorias francesas no daban, de consiguiente, fruto estable, en atención á que muy pronto la política astuta del emperador sabía socavar su dominio. Y por aquel tiempo Carlos formó la más extensa alianza entre él, el Papa, el archiduque de Austria, Inglaterra, el Milanesado, Florencia, Génova y Venecia contra Francia, que solo contaba con los Suizos, infelices mercenarios.

Francisco I preparó un ejército que enviar al Milanesado, y aunque la voz pública designaba como jefe á Bayardo, las intrigas cortesanas hicieron se prefiriese al almirante Bonnavet, ligero, imprudente, vano, inferior á los tres capitanes del ejército enemigo, Próspero Colonna, el marques de Pescara y el condestable de Borbon. Este último, gran señor, irritado de que el rey Francisco intentase disminuir sus posesiones, para despedazar aquel último resto de las grandes fortunas feudales en Francia, había dado oídos á Carlos V, que le ofreció uno de los tres grandes cargos de la corona de España, tierras por valor de cien mil escudos de renta, y la mano de Leonor, su hermana, viuda del rey de Portugal. Con tales condiciones y la de tener parte en las conquistas, el condestable se obligó á poner en pié de guerra en sus tierras trescientos hombres de armas y cinco mil infantes. ¡Desgraciado! habiéndose frustrado sus grandes promesas, Carlos V le despreció, y

le envió con Próspero Colonna y Pescara á mandar el ejército en el Milanesado. Después de asolar la Italia al frente de una cuadrilla peor que de Bárbaros, marchó á atacar la metrópoli de la religión y de la civilización, para caer allí traspasado por el fusil de Benvenuto Cellini.

Bayardo, sin resentirse de que se le pospusiera á Bonnavet, pidió formar parte de aquella expedición. Pronto se evidenciaron los errores y las imprudencias del general, en cuya virtud el ejército, abandonado por los Suizos, se vió reducido á retirarse, y Bonnavet, herido gravemente de un arcabuzazo al atravesar el Sesia, entregó el mando á Bayardo (1524).

Léjos de renunciar Bayardo un cargo ingrato y peligroso, y aunque podía vengarse del olvido anterior y de los ultrajes que había recibido de Bonnavet, aceptó, y al punto renació el valor en las tropas. « El buen caballero, tranquilo como si hubiese estado en su casa, hizo marchar á los hombres de armas, y retirándose con paso mesurado, siempre con la espada en la mano y el rostro vuelto al enemigo, les inspiraba más miedo que ciento. » Pero entre Romagnano y Gattinara un arcabucero le rompió la espina dorsal. « ¡Jesus mío, Dios mío, me han muerto! » exclamó, y pidió le bajasen del caballo, y le colocasen en el terreno, apoyado á un árbol, con la cara al enemigo; pues no quería morir volviéndole las espaldas. Conservó en la mano la espada, cuya empuñadura tenía la forma de una cruz, rezó y la besó; después, no habiendo allí ningún sacerdote, se confesó con su escudero Joffrey, el cual se deshacía en lágrimas como todos los presentes; Bayardo le consolaba con palabras de piadosa resignación; comunicó á d'Allegre su testamento militar, y le encargó que saludase por la última vez en su nombre al rey y á los príncipes de la sangre. Como se acercase luego el enemigo, mandó á todos que se reuniesen con el ejército, para no caer prisioneros en su compañía, y que le dejasen allí á solas con su conciencia.

De repente llega el marques de Pescara, general imperial, y encuentra á Bayardo moribundo con su escudero. Le acuesta en su propio lecho militar, y le cubre con su tienda. Traen un médico; pero Bayardo dice que no necesita más médico que el del alma, y pide un sacerdote, al que renueva su confesión.

También el condestable de Borbon, persiguiendo á sus compatriotas, llegó donde yacía el moribundo, y le expresó su sentimiento. Pero Bayardo, reanimándose, le dijo con voz firme: « Monseñor, os doy gracias; pero no se me debe compadecer, pues muero sirviendo á mi rey; » á vos sí, que lleváis las armas contra vuestro príncipe, contra vuestra patria y contra vuestra fe. » El condestable se retiró abochornado, y Bayardo, penetrando solo en su alma, recibió la Eucaristía y espiró con el nombre de Cristo en los labios (30 de abril). Feliz, pues, al morir, pudo ver las lágrimas de los enemigos á quie-

nes hacía ántes temblar, y que le tributaron honores fúnebres propios de un rey.

Era de alta estatura, derecho y delgado, con el rostro dulce y agradable, los ojos negros, la nariz afilada, y algo aguileña, la barba castaña y afeitada, el cutis muy blanco y delicado. Tal nos le describe su escudero que bajo el título de *leal servidor*, nos ha trasmitido sus hazañas ó más bien su panegírico, presentándole como tipo de la generosidad caballeresca, en una pintura animada y de ingenua elegancia (1). El título de *Sin miedo y sin tacha* que le conservó la posteridad, expresa suficientemente su carácter. Por lo demás, los contemporáneos le llamaban el *Buen Caballero*, y lo era en efecto, siempre alegre ante el peligro. Modesto, atribuía á los compañeros su gloria; jamás montaba en cólera; aunque algo melancólico de suyo, se acompañaba gustoso con personas joviales. Su gravedad estaba mezclada siempre de duizura y conservaba siempre el orden en todo. Se entregó á esa clase de amoríos que facilitaban la vida campestre y la costumbre de la época; pero no le ocuparon nunca hasta el punto de apartarse de los negocios. Dejó una hija, fruto de su amor con una bella de Cantú, de la familia Trechi, que se casó luego con el señor de Bocfozel.

Unía á la galantería la continencia. Habiéndole ofrecido una madre, por pura necesidad, su hija, hermosa como un ángel, le echó en rostro semejante yituperio, y respetó y dotó á la jóven. Siendo paje en la corte de Saboya, había amado honestamente á una señorita noble al servicio de la duquesa. Después de una larga separación la encontró en el Piamonte, casada con un rico propietario de Fluxas, y ella le mostró todo género de cortesía y amabilidad en memoria del antiguo afecto, hablando largamente de aquel tiempo, recordado siempre con suspiros. La dama, dotada de suma gracia y

(1) Fué publicado á poco de su muerte con el título: *La très-joyeuse, plaisante et récréative histoire, composée par le loyal Serviteur, des faits, gestes, triomphes et prouesses du bon chevalier sans peur et sans reproche, le gentil seigneur de Bayard, dont humaines loanges sont épanouies par toute la chrétienté*: Teodoro Godefroi la volvió á publicar un siglo después con notas. Es también obra conocida *Les gestes et ensemble la vie du preux chevalier Bayard, pour Symphorin Champier*: la tercera edición pareció en 1631 con suplementos. En 1760 Guyard de Berville publicó una historia de Bayardo, de la cual tengo á la vista una impresión hecha en Lyon en 1840. En 1822 Cohen compiló esta. También el señor de Terrabasse escribió una vida de Bayardo, y hace poco ótra el señor Massas.

hermosura, alababa al buen caballero hasta hacerle ponerse colorado. Por complacerla, dió Bayardo un torneo, donde sustuvo la parte de ella y salió vencedor. El señor de Fluxas cesó de tener celos de tan leal caballero, y al despedirse, ni la dama ni el buen caballero pudieron detener las lágrimas, y se amaron toda la vida, y no pasaba año sin que se enviasen mutuos regalos. « Señora (la decía), sabéis que desde jóven os he amado; sois la primera mujer que ha sometido mi corazón con su gracia. Estoy seguro de que jamás me concederéis otra cosa que la boca y las manos; y por mi alma, os juro que preferiría morir á lanzaros en el deshonor. »

Los amores y la licencia no le apartaron nunca de la devoción. Cada vez que iba á la guerra ó debía combatir en duelos, rezaba ántes de echar mano á la espada, y si vencía, se dirigía á la iglesia más próxima para dar gracias á Dios. Era el recuerdo de las amonestaciones maternas.

Su cuerpo fué llevado á sepultar en Grenoble, en el convento de los Mínimos: el duque de Saboya le hizo los mismos honores que á un soberano, y mandó que le acompañasen hasta la frontera muchos nobles. Pero sobre su tumba no se escribió ni aun su nombre. En 1600 un noble del Delfinado le erigió un mausoleo con su busto y una inscripción por el estilo de las que se usaban entónces, donde se le comparaba á Hércules. La Revolución no lo respetó; pero la Monarquía, al restaurarse, reparó el sacrilegio, y en 1823 se le levantó una estatua en la plaza de Grenoble, donde su memoria se recuerda vivísima.

Mauroy escribía: « Aconsejaría á los nobles que, en vez de tantos libros fabulosos, hiciesen leer á sus hijos la historia de Bayardo; tanto más cuanto que sin encontrar allí nada inútil, tendrían con que cultivar y fortalecer las semillas de la virtud, sembradas en su seno por la naturaleza (1). » Y Fortin de la Houguette decía á su hijo: « Quiero que esta sea la primera historia que leas y me relates; procura imitar al buen caballero: de tan admirable original, preciso es sacar buena copia. Si no te es posible tener su valor sin ejemplo, sé á lo menos fiel á tu patria y hombre honrado como él (2). »

(1) *Histoire de la Vallette.*

(2) *Avis d'un bon père à son fils.*